

La civilización de la Europa Antigua

Lic. Ana Silvia Karacic

La denominación “Civilización de la Europa Antigua” fue introducida en el campo de la arqueología primero –y consecuentemente en otras áreas- por la arqueóloga Marija Gimbutas¹. Esta civilización agrícola y sedentaria, fue datada entre el 6500 al 3500 a.C. y constituye un lazo entre la cultura y cosmovisión del Paleolítico Superior y los pueblos europeos autóctonos de finales del Neolítico. Tal continuidad se ve desplegada en los innumerables motivos decorativos y simbólicos que la iconografía de esta cultura ha revelado. La Europa Antigua abarcaba una amplísima región que comprendía Hungría, Dalmacia, Bosnia-Herzegovina, la actual Yugoslavia, Bulgaria, Rumania y el este de Austria. Se extendía hacia el norte abarcando el sur de la ex Checoslovaquia y de Polonia, hacia el este llegaba a Ucrania, hasta Kiev. Al sur, incluía parte del centro de Italia y el sur de la misma, Sicilia, Malta, Creta y las Islas Cícladas, Jónicas y Egeas, como así también la costa occidental de la península anatólica (actual Turquía).



Fig. 1: La Europa Antigua, según Gimbutas, M., *Goddesses and Gods of Old Europe*

Gimbutas no creía en compartimentos estancos, muy tempranamente comenzó a relacionar la arqueología con el folklore y la mitología. Investigó los pueblos baltos y los eslavos, tenía gran interés en las figuras femeninas –que consideró correspondían a diosas-, e hizo comparaciones entre los hallazgos de estatuillas del Cáucaso con las encontradas en el Egeo, Bulgaria y Rumania. Además del descubrimiento de esta civilización, otro de los principales aportes de Gimbutas se relaciona con la patria original de los indoeuropeos, sus investigaciones fueron de una importancia tal que ningún estudio serio sobre estos pueblos puede obviar sus trabajos. Miriam Robbins Dexter², al hablar de la arqueomitología, la deja traslucir como un campo de investigación que crecía a medida que Gimbutas profundizaba en sus investigaciones, y que evidentemente ayudaría a reconstruir y ampliar el panorama de creencias del pasado.

En las excavaciones que realizó, el total de las figurillas encontradas ascienden a cien mil o más, incluyendo las dañadas y rotas, de las cuales aproximadamente tres mil pertenecen al paleolítico superior³. Son esculturas de pequeño tamaño, en su mayoría femeninas, hechas de arcilla, mármol, hueso, cobre y oro. Gimbutas excavó alrededor de tres mil sitios. Además de las estatuillas mencionadas, encontró santuarios, altares, recipientes rituales, vasos y vasijas decorados y pintados con colores variados e implementos sacrificiales. El contexto en el que las figuras femeninas fueron encontradas las ubica dentro de un marco agrario y obviamente sedentario, con un culto a la Diosa Madre.

Esta civilización se incluía dentro de un cuadro de cultura neolítica mayor, y se habría desarrollado paralelamente a la de Çatal Hüyük en Anatolia. Las del Indo, Mesopotamia y Egipto, aunque más tardías, también se contarían entre las que conformaron este gran cinturón neolítico. La Europa Antigua era autónoma, la cantidad de vestigios encontrados supera ampliamente los hallados en cualquier otra cultura perteneciente al mismo período. Como dijimos anteriormente, los motivos decorativos del Paleolítico y Mesolítico encontraron continuidad en las imágenes, símbolos y pinturas de los templos, vasos ceremoniales y demás artefactos.

Estaba caracterizada por un gran desarrollo artístico y una estructura social posiblemente matrifocal –incluyendo también la

sucesión matrilineal pero no la prevalencia de poder de la madre sobre el del padre, lo cual reflejaría una comprensión errónea de lo que entendemos actualmente por matriarcal y patriarcal⁴-, y se ha concluido que se trataba de una civilización pacífica. La religión constituía su columna vertebral y alrededor de ella se articulaban todas las demás facetas de la vida cotidiana. Desde el tejido hasta el horneado del pan constituían tareas sagradas que se realizaban en los templos.

Las ciudades se ubicaban en los valles y no en las colinas. Esto, y la falta de murallas para protección, demuestran que no sentían la necesidad de utilizar posiciones estratégicas que permitieran anticipar los ataques de pueblos, pertenecientes o no a esta civilización. Si a esto unimos la escasez de armas encontradas, podemos deducir que no existían situaciones de conflicto lo suficientemente graves como para producir armamento en cantidad. Tampoco se encontraron vestigios o huellas arqueológicamente detectables que llevaran a concluir lo contrario. En cambio sí se hallaron en abundancia azadas, arados y diferentes herramientas de trabajo.

La datación por el C_{14} , corregida por la dendrocronología o estudio y análisis de las secuencias de crecimiento anual de los anillos de los árboles, demuestran que en un período de por lo menos dos mil años, no se registraron señales de destrucción alguna, ni se encontraron armas pertenecientes a ese estrato arqueológico. El lapso al que nos referimos sería el comprendido entre el 6500 y el 4500 a.C.⁵.

En los primeros años del V milenio -dice Francisco Villar- esta civilización había dado lugar a diversas unidades regionales y singularizadas. En el norte se destacaron las culturas de Cucuteni y Lengyel, en el sur Vinca y Tisza y, la Egea, en Grecia y sus islas. Poseían una escritura de signos lineales todavía no descifrada -muy similar al linear A de Creta- que precedió en dos mil años a la sumeria. Parece asociarse con el ámbito religioso y cultural porque las inscripciones aparecen en objetos votivos y estatuillas destinadas al culto⁶.

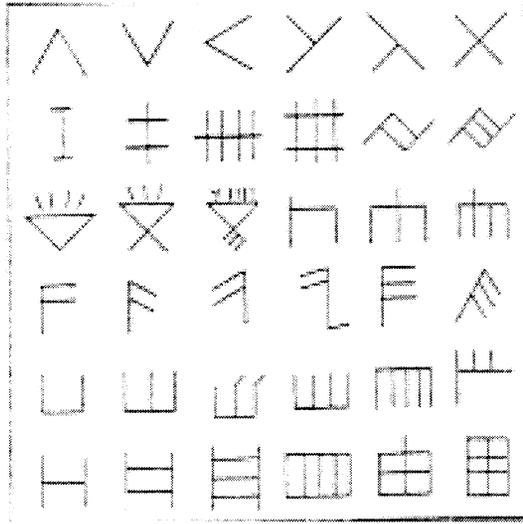


Fig. 2: La escritura de la Europa Antigua (Ver Gimbutas, M., *The Kurgan Culture and the Europeanization of Europe*).

Los estudios realizados sobre la disposición de los cuerpos, así como de los objetos que los acompañaban en las sepulturas, no evidencian diferencias sociales reflejadas en enterramientos de mayor riqueza que otros. Las únicas excepciones han sido algunas sepulturas de mujeres ancianas. Probablemente, y dadas las características de la sociedad de la Europa Antigua, éstas hayan tenido un estatus especial como consejeras o hayan presidido asambleas o concilios relacionados tanto con asuntos de estado como religiosos. Nos dice Gimbutas que la vida del clan se articulaba alrededor de las mujeres y que las más ancianas eran reverenciadas como fundadoras del clan y que “... *the central role of the women in the family clan reflected the central role of the Goddess in religion.*”²⁷ Todo indicaría que el culto estaba en manos de un sacerdocio femenino y varios niveles de asistentes cumpliendo diferentes roles en el templo.

Desde el 4300 a.C. en adelante esta civilización sufrió un colapso completo. Muchas de las ciudades fueron abandonadas, los estratos arqueológicos de otras permitieron sacar a la luz pruebas de una destrucción masiva. En otros casos fueron reocupadas por un pueblo extraño en la región, con una cultura y tecnología diferentes y un nivel de desarrollo artístico muy inferior. Los esqueletos encontrados en los

estratos de este período sacaron a la luz masacres en gran escala, sin distinción de sexo ni edades. La economía que antes estaba basada en la agricultura con un pastoralismo complementario, ahora se apoyaba principalmente en la cría de ganado y los campos dedicados a la agricultura se convirtieron en zona de pastoreo. Los cultivos que sobrevivieron fueron escasos y lo hicieron sobre la base de técnicas muy rudimentarias. Aparecen ahora murallas y fortificaciones que rodean las ciudades. La simbología que reflejaba una religión basada en la creencia de la Gran Diosa Madre sobrevive en algunas de las ciudades todavía por un tiempo, pero en muchos centros urbanos —aunque no en todos— es reemplazada lentamente por un complejo simbólico de tipo solar. La nueva estructura religiosa trae dioses celestes y atmosféricos, cuyo emblema es el rayo, el hacha y la lanza. Los animales que acompañan este cambio son fundamentalmente el caballo, el cerdo y la oveja. En este estrato aparecen armas en cantidad, el análisis de los hallazgos muestran gran destrucción de templos, santuarios, casas, objetos de culto y de las estatuillas de la Diosa Madre. A esto se agrega la constatación por métodos científicos del incendio de ciudades completas o de gran parte de ellas. En síntesis, la interrupción violenta de su desarrollo histórico, cultural y tecnológico se debió a la llegada de la primera oleada de pueblos proto-indoeuropeos provenientes de las estepas del sur de Rusia y la región Póntico-caspia⁸. Los cambios más drásticos, en todos los aspectos, se produjeron a partir del 2000 a.C. La superposición de este pueblo de pastores seminómades, con una estructura social jerarquizada, contrastaba con una sociedad que no parecía centrarse en las diferencias entre sus miembros sino en los trabajos grupales y una distribución equitativa de las tareas.

Gimbutas los llamó *Kurganes*. Este nombre se debe al tipo de enterramiento que estos pueblos practicaban. Kurgan es una palabra rusa que significa “túmulo”. La técnica consistía en cavar una fosa lo suficientemente grande para depositar el cuerpo del jefe guerrero y los de las personas y animales que lo acompañarían en su viaje final. Luego la fosa era rellena con tierra y piedras y, nuevamente cubierta con tierra hasta formar un gran túmulo redondo. El entierro de un individuo en un kurgan indicaba que éste poseía un status especial, más alto, dentro de la sociedad de la estepa. Junto a él sacrificaban a su viuda, hijos,

servientes y entre los animales, especialmente, caballos. Se rodeaba el cuerpo de dagas, hachas, flechas, lanzas y cetros en los que se tallaban cabezas de caballo. Es evidente, por los accesorios que acompañaban el cuerpo, el lugar que se le otorgaba a la guerra en la sociedad esteperiá. Este tipo de disposición de los cuerpos los caracterizó por mucho tiempo y fue lo que determinó la utilización del nombre kurgan para identificar al pueblo en sí mismo. Del mismo modo se hablaría después de una cultura de las urnas, etc. Es importante aclarar que no se encontraron prácticamente tumbas de mujeres pertenecientes a los proto-indoeuropeos, salvo algún caso aislado en que los cuerpos se colocaron en tumbas colectivas. Los kurganes estaban destinados sólo a hombres, a veces a niños. La jerarquización social no se basaba únicamente en la posición del individuo dentro de la sociedad sino también en el sexo. La mujer era subestimada en este contexto socio-cultural. La costumbre india del sacrificio de la suttee tiene su origen en la de los proto-indoeuropeos. Recordemos que se denomina con este nombre tanto a los pueblos como al período que se enmarca entre el 4500 al 2500 a.C., es decir, lo que se considera la etapa previa a la diferenciación de las ramas indoeuropeas.

Los elementos encontrados en los enterramientos de la Europa Antigua indicaban la creencia en un proceso de regeneración de la vida. Las tumbas contenían cuerpos de ambos sexos, indicando por un lado la no discriminación por sexo ni tarea, y por el otro, la igualdad de los individuos en la vida *post mortem*. En cambio el pueblo de los kurganes exaltaba sólo el status social que la persona había tenido en vida. En lo que respecta a la vida *post mortem*, denotaba una concepción de tipo lineal en la que el destino definitivo era el reino de los muertos⁹. Por ese motivo se equipaba el cuerpo con todo lo necesario, en especial aquellos elementos que contribuían a resaltar el *ethos* guerrero. Cuando más tarde se produce la diferenciación de las ramas, la concepción de la vida *post mortem* se multiplicará. En algunas de ellas predominarán concepciones ctónicas directamente vinculadas con el culto a los ancestros; algunas pondrán de relieve características ligadas a la cosmovisión patriarcal y otras a la matriarcal.

Durante algún tiempo, las mujeres siguieron cumpliendo con las funciones relacionadas con el culto -a pesar del gran cambio suscitado

por la llegada de los proto-indoeuropeos-, pero se limitaban al ámbito religioso. Los hombres fueron ocupando los cargos más importantes relacionados con las cuestiones de estado y luego, lentamente, también los concernientes a la religión. Esto último no se produjo en forma abrupta, de lo contrario no habría llegado a nosotros información sobre hermandades femeninas y colegios de sacerdotisas. La función oracular era llevada a cabo preferentemente por mujeres, aún en la época patriarcal que siguió a la llegada del pueblo de los kurganes. Creta, Anatolia, Grecia antigua fueron ejemplos de la importancia otorgada al rol femenino. De todas formas, dado que ni la Europa Antigua por un lado, ni los proto-indoeuropeos que llegaron a ella, por el otro, tenían una cultura absolutamente homogénea, es imposible generalizar. Las deidades femeninas sufrieron decadencia y modificaciones en sus funciones a partir de la irrupción. Son interesantes las observaciones de Gimbutas al respecto:

“Priestesses as oracles, prophetesses, and magicians are known up to modern times in folklore and in myth. Groups of fairies who dance in circles and in meadows or around stone rings, creating enormous energy, appear in folklore from Scotland to Bulgaria even in the twentieth century. The magician-goddess, who was originally the goddess of death and regeneration but who was later considered a magician or a witch, survives up to the present as Basque Mari, Irish Macha or Medb, Baltic Ragana, Scandinavian Freyja, and German Holla. These goddesses appear alone or with large groups of assistants, and they exercise supernatural power in control of nature: the moon, the sun, eclipses, storms, hail. They destroy or create fertility of fields and control male sexuality. They themselves are endowed with an inexhaustible sexual energy. Irish Macha can run faster than the swiftest horses, while the sight of Queen Medb is sufficient to deprive men of two-thirds of their strength. (...). Myth and beliefs describe the female as the stronger gender, one endowed with magical powers.”¹⁰

Lo que se destaca aquí parece ser la “fuerza” derivada del manejo

de lo sagrado. Gimbutas no establece una superioridad de la mujer frente al varón en el ámbito de la vida cotidiana. El poder, si podemos llamarlo de esta manera, que detentaba la mujer estaba relacionado en forma exclusiva con las funciones que desempeñaba en el culto y la adivinación y se asociaba únicamente con lo divino. Sí se establece la supervivencia de ciertos aspectos propios de las deidades neolíticas e incluso de la Edad del Bronce. Tratándose de culturas donde predominaba el culto a lo femenino es natural que sea la diosa la que esté dotada de fuerza y poderes. También lo es si consideramos que estas civilizaciones pertenecerían tal vez a un estadio donde tenían preeminencia los valores y la simbólica femenina sobre la masculina. Por supuesto, esto no indica un dominio de hecho por parte de alguno de los dos sexos.

Los indoeuropeos llevaron consigo, en líneas generales, una cosmovisión patriarcal y guerrera. El choque entre ambas culturas, diametralmente opuestas, desplegó, como dijimos antes, un escenario de semidestrucción. Necesariamente, ante la diferencia de los panteones divinos, debía imponerse el del pueblo más fuerte¹¹. No tuvieron siempre superioridad numérica pero sí en cuestión de armamento, caballos para movilizarse rápidamente y carros de guerra. En aquellas ciudades que no fueron abandonadas o destruidas, y donde la población autóctona permaneció— aún a pesar de la decadencia de las técnicas utilizadas—, las manifestaciones artísticas continuaron desarrollándose. Las imágenes de la Diosa Madre en su forma de pájaro y de serpiente se reprodujeron en vasos ceremoniales. Las creencias y los símbolos del sustrato no desaparecieron inmediatamente. Tanto en las artes como en la religión pervivieron las antiguas creencias subterráneamente. Esto no evitó que el nuevo panteón, con sus dioses, símbolos y cultos tan diferentes, se impusiera. En los siglos que siguieron las dos culturas se hibridaron y en la nueva cosmovisión surgieron elementos tanto del sustrato como del pueblo sobreimpuesto¹².

Se jerarquizó la sociedad y los guerreros conformaron la clase dominante. El panteón indoeuropeo reflejaba la estructura social y estaba demasiado bien articulado, con rasgos muy marcados para desaparecer. Pertenecía además a un estadio patriarcal que se correspondía con la afirmación de valores asociados a lo masculino, como la capacidad de análisis, la importancia del conocimiento de tipo intelectual, la separación

entre espíritu y naturaleza entre otros. La cultura de la Europa Antigua pertenecía a un mundo donde se privilegiaba el conocimiento intuitivo sobre el intelectual, y la síntesis que lleva a una experiencia religiosa profunda y de tipo cósmico, en lugar del análisis. Privilegiaba el todo antes que la multiplicidad de las partes.

Cada uno de estos modos de pensar y vivir tenía sus aspectos positivos y negativos. La prevalencia de uno sobre otro, y no una interacción equitativa, produjo un desenvolvimiento desarmónico de esa temprana civilización occidental. Se impuso la cosmovisión patriarcal aceptando muy pocos elementos de la matriarcal. Las consecuencias de esta desigualdad se reflejó en los planos más profundos de la vida. La imposibilidad de manifestación espontánea de creencias que tenían una antigüedad milenaria generó formas de religiosidad y panteones donde la lucha entre los dioses era una constante. Como resultante de esta experiencia (entre otras de diversa índole) siguieron procesos de crisis, registrados y bien conocidos, a lo largo de toda la historia.

Tratándose de una cultura neolítica, era natural que la Europa Antigua volcara en su iconografía gran cantidad de símbolos asociados con la fertilidad. En las culturas agrarias, la relación entre el hombre y la naturaleza tiende a adquirir matices que hacen posible experiencias de tipo prevalentemente místico. Por el contrario el elemento mágico, sin estar ausente en las culturas arriba mencionadas, es mucho menos evidente que en las pastoriles. Esta tendencia es resultado de la vivencia de comunidad y armonía entre el micro y el macrocosmos. Se enfatiza la interacción de las partes y no la oposición de las mismas. No se manejan las fuerzas del macrocosmos partiendo de un enfrentamiento coercitivo sino de una comunión y permeabilidad a ellas. Tampoco esto indica que lo místico no sea parte de la cosmovisión pastoril, pero dadas las condiciones en las que se enmarca, se establece un juego de fuerzas y oposición, donde la única forma de relación entre ellas y el hombre está signada por la necesidad de dominio y control por parte de este último.

La experiencia humana del entorno geográfico es un factor fundamental. Por esta razón la iconografía neolítica de las civilizaciones sedentarias agrícolas refleja en la figura de la Gran Madre una de las intuiciones más profundas de la realidad. Lo nutricio, la contención, la procreación; la Gran Madre es vista como fuente de la vida, y tanto la

muerte como la regeneración son algunos de los aspectos de esa realidad. Estos no eran atributos sino que constituían la esencia de la Diosa neolítica. Las imágenes que la reflejaron, aunque exagerando las partes del cuerpo asociadas a la procreación y la nutrición, enfatizaban la contención y la ambivalencia del aspecto dador de vida. La muerte se incluye en esta faceta porque no constituía un final sino sólo un instante previo a la regeneración. En este último aspecto, el nacimiento y la muerte individual eran momentos o fases temporales en un ciclo vital mayor en el que se incluían todos los seres. Las plantas, animales y seres humanos dependían de ella. Dicho de otra manera, se trataba de la vida misma más allá de las delimitaciones temporo-espaciales, esto nos lleva a trascender al individuo y situarnos en la especie, se trate ya del reino vegetal, animal o humano¹³.

La vivencia de lo sagrado en las culturas neolíticas estaba en relación, y condicionada, por el conocimiento incompleto de los procesos biológicos y naturales. La consecuencia natural fue depositar lo que no se comprendía en el ámbito del misterio, encarnado en la figura de la Diosa Madre. Como un misterio nunca agotado, la realidad en sí misma llegaría a ser considerada, en muchos casos, el ser infinito de la divinidad.

La presencia del elemento masculino tanto en el simbolismo como en el mito tenía un rol secundario y subordinado a la Diosa. Hacia fines del Neolítico y durante la Edad del Bronce, aparece el dios consorte acompañándola. Esto es un claro indicio de que el aspecto masculino, que en épocas anteriores estaba incluido en la totalidad del ser de la divinidad femenina, se va diferenciando y separando de ella. Antes se manifestaba únicamente a través de símbolos fálicos o de animales asociados con la fecundidad, por ejemplo: serpientes, toros, machos cabríos, leones, pero en todos los casos carecía de autonomía. Era una forma de indicar que, para la creación-procreación, la Diosa no necesitaba nada fuera de ella misma. De este tipo de cosmovisión surge la noción de partenogénesis divina.

A pesar de la aparición de estos dioses, en el plano mítico, no estamos ante la presencia de figuras masculinas fuertes e independientes. Nos encontramos ante deidades en las que prevalece una belleza adolescente, sin personalidad definida ni voluntad propia. Aún así, si pensamos en Attis o Dumuzi no podemos negar que son figuras de

gran numinosidad.

Los dioses consortes de la Edad de Bronce se identificarán con los que mueren anualmente o descienden al reino de las sombras. Su descenso al mundo subterráneo ocasiona simbólicamente la llegada del invierno, la oscuridad, y/o la aridez de la tierra. En este último período surgen asociados a las grandes diosas de las cosechas. Van a destacarse las figuras arriba mencionadas de Attis y Dumuzi, también Osiris, más tarde la de Adonis, y otras. Por supuesto que cada caso tendrá sus características particulares. Es necesario recordar que, para la época de la Edad de Bronce, existían en la región de la Europa Antigua culturas hibridizadas a las que ya hicimos referencia. De todas las regiones de la Europa Antigua serán Grecia y sus islas las que más tardíamente recibirán la influencia indoeuropea. Otra manifestación de estos dioses menores durante el Neolítico se encarna en la figura del Señor de los Animales. Sus imágenes son antropomórficas y a veces terioantropomórficas y provienen del complejo simbólico-religioso del Paleolítico Superior.

Del mismo modo que la Gran Diosa de la Europa neolítica reunía en sí misma una multiplicidad de aspectos y funciones, fue variada también su manifestación iconográfica. Uno de los aspectos más recurrentes es el de la Diosa Pájaro y el de la Diosa Serpiente, y su relación con el huevo cósmico y la creación. Este motivo fue encontrado principalmente en el Egeo y Anatolia Occidental. El simbolismo era doble, dependiendo de las características de las aves que la representaran. Cuando se trataba de pájaros acuáticos como cisnes, patos, etc. su asociación era con la fertilidad, el bienestar, la riqueza y la renovación. Estas imágenes llegaron al presente a través del folklore, a lo largo de siglos de leyendas y poesía.

La ambivalencia de la Diosa, el otro aspecto también presente en la iconografía, lo constituyen las representaciones de la divinidad bajo la forma de búho, buitre, cuervo, gaviota, y otras aves de presa. Es la faceta de la muerte, la desgracia y la enfermedad. En muchas regiones de Europa sudoccidental, en Hungría central y del noreste, fueron descubiertas urnas con forma de búho, así como también en Anatolia y el Egeo en general¹⁴.

A pesar del tiempo transcurrido desde el apogeo de la civilización de la Europa Antigua (aproximadamente 5000/4500 a.C.), con su

iconografía de la Diosa Pájaro y la Diosa Serpiente, hasta la Edad de Hierro, en que la indoeuropeización se había prácticamente completado, las representaciones aladas de deidades femeninas persistieron y se prolongaron aún en la iconografía posterior¹⁵. La mitología recogió estas figuras -en algunos casos densamente numinosas como Babd y la Morrígan- cargadas de fuerza y simbolismo. Las valquirias germanas y las rusalki eslavas son supervivencias de la faceta oscura de la diosa. Tanto Morrígan como las valquirias están asociadas a la guerra y los campos de batalla, en ambos casos, nos encontramos con desdoblamientos tardíos de los aspectos antes reunidos en una sola figura. La amalgama de las culturas europea autóctona y proto-indoeuropea comienza con la primera oleada (4300/4200 a.C.) y, de allí en adelante, se acentúa con la segunda y tercera oleadas (3400/3200 y 3000/2800 a.C., respectivamente, hasta el 2000/1800 a.C.). En este último período se afirma la cosmovisión indoeuropea. Los dioses masculinos asumieron las funciones creadora, vivificadora, benefactora y fueron delegando en deidades femeninas secundarias aquellos aspectos que antes integraban la totalidad del ser divino único. Antes, la Diosa Madre englobaba el aspecto de la guerra y la muerte junto con el creador y protector. Con la llegada de los pro-indoeuropeos y la singularización posterior de las diferentes ramas de esta familia, la multiplicidad de aspectos de la diosa se escinden. Estos aspectos son absorbidos a su vez por deidades menores, o detentados por divinidades femeninas, pero bajo forma de monstruos o de brujas.

Dentro de la familia indoeuropea, la subfamilia eslava, posiblemente la tocara y, en especial, la celta, son ejemplos de las variaciones con respecto a esta cuestión. La rama celta es la que en forma más evidente se ha diferenciado en sus concepciones. Con una tendencia matriarcal notoria, identificó la “soberanía” y la “tierra” con una o más deidades femeninas que jugaron un rol fundamental junto a los grandes dioses masculinos.

Sin desviar totalmente del panteón indoeuropeo los elementos oscuros y negativos (existen ciertos personajes divinos de naturaleza y actuación nefastas, por ejemplo el dios Loki entre los escandinavos), hubo una clara absorción de los luminosos por parte del pueblo de los kurganes. Las figuras femeninas con connotaciones ctónicas que la

mitología indoeuropea retuvo, en los casos que puede comprobarse su pertenencia al sustrato europeo autóctono, representan alguna faceta de la divinidad adorada anteriormente. En estos casos se las limitó en su alcance, permitiéndoseles “reinar” sobre áreas determinadas, simplemente porque no se las pudo erradicar. No era difícil vislumbrar detrás de ellas una carga simbólica milenaria. El mismo hecho de detentar el poder sobre ámbitos relacionados con la muerte, la sangre, la guerra, la profecía y adivinación es el que permite vislumbrar la antigüedad de sus raíces y el estrato de la psique a la que pertenecen. Si relacionar esos aspectos con deidades femeninas fue un intento de dividir las aguas, reteniendo para sí la luz, el sol, el cielo azul, la creación, el éxito fue relativo. En las mismas mitologías y folklore indoeuropeos surgieron personajes compensatorios que integraron lo que se conoce como “aspecto lunar”. Se evidencia así la imposibilidad de una polarización absoluta e irreductible en forma permanente. La mitología es uno de los “terrenos” más sensibles a los desequilibrios y uno de los primeros en manifestarlos. Por ese mismo motivo, también guarda memoria de la necesidad y búsqueda, por parte del ser humano, de la armonización de los aspectos opuestos y complementarios.

Notas

1. Gimbutas nació en Lituania, en enero de 1921. Obtuvo su Ph.D. en Arqueología en la Universidad de Tübingen, estudió también Etnología e Historia de las Religiones en las universidades de Heidelberg y Munich. En 1949, se estableció en los Estados Unidos, allí dio comienzo a su carrera académica como investigadora en el Museo Peabody de la Universidad de Harvard. En 1963 recibió una propuesta de la Universidad de California en Los Angeles y al mismo tiempo comienza las excavaciones en Europa Central y del Este. Para más detalles sobre la vida y carrera de Gimbutas, consultar Robbins Dexter, M. y Polomé, E. C. (ed.), *Varia on the Indo-European Past: Papers in Memory of Marija Gimbutas*, JIES Monograph Nr. 19, Washington, 1997, pp. 1-5. Sobre la Civilización de la Europa Antigua, ver Gimbutas, M., *The Goddesses and Gods of Old Europe*, University of California Press, Berkeley, 1996 y de la misma autora, *The Kurgan Culture and the Indo-Europeanization*

of Europe, JIES Monograph Nr 18, Washington, 1997.

2. Robbins Dexter, M., Op. Cit., p. 2 y Velius Norbertas en "Marija Gimbutas: The Investigator of Baltic Mythology" en JIES Monograph Nr. 17, Washington, 1996, p. 182, la considera la iniciadora de esta nueva rama de la ciencia: la arqueomitología.

3. Gimbutas, M., *The Living Goddesses*, University of California Press, Berkeley, California, 1999, p. 4.

4. La denominación matriarcal no designa un período histórico sino un estadio o fase de evolución de la conciencia tanto filogenética como ontogenética en la que predomina principalmente el arquetipo de la madre. Según los casos, su desarrollo tiende a ser recurrente y no siempre lineal. Este estadio, pleno de una simbología que le es propia, se ha plasmado en mitos, formas de culto y religión antiguas. El hombre vive inmerso en el tiempo y en el espacio, necesariamente vuelca esta cosmovisión en ellos, en otras palabras, en la historia. Posiblemente ésta sea la razón por la que se confunde lo matriarcal y lo patriarcal con etapas históricas. Sobre este tema consultar Neumann Erich, *La Conciencia Matriarcal*, en Arquetipos y Símbolos Colectivos, Círculo Eranos I, Anthropos, Barcelona, 1994 y también del mismo autor, *The Origin and History of Consciousness*, Princeton University Press, Bollingen Series XLII, New York, 1993. Por otro lado, no hay evidencias concretas de que la Europa Antigua haya sido una cultura exclusivamente matriarcal. Las investigaciones realizadas indican la importancia de la función de la mujer en la sociedad, pero de ninguna manera el rol masculino parece estar subordinado al de la mujer.

5. Gimbutas, M., *The Goddesses...*, pp. 13-15.

6. Villar, Francisco, *Los Indoeuropeos y los Orígenes de Europa*, Gredos, Madrid, 1996, p. 81.

7. Gimbutas, M., *The Kurgan Culture...*, p. 351.

8. Para profundizar el concepto de proto-indoeuropeo como para las diferentes posturas con respecto a la patria original de estos pueblos, puede consultarse Mallory, J. P. *In search of the Indo-Europeans*, Thames and Hudson, Londres, 1992, pp. 143-185; del mismo autor "The Indo-European Homeland Problem: A Matter of Time" en *The Indo-Europeanization of Northern Europe*, JIES Monograph Nr. 17, Washington 1996. Para una postura diferente a la de Marija Gimbutas, ver

Gamkrelidze T.V. e Ivanov V.V., *The Migrations of Tribes Speaking Indo-European Dialects from their Original Homeland in the Near East to their Historical Habitations in Eurasia*, en JIES vol. 13, números 1 y 2, Washington, 1985; la opinión de D'Iakonov, I. M., *On the Original Home of the Speakers of Indo-European* no concuerda con la expresada en el artículo de los autores arriba citados. La postura de Gimbutas con respecto a Gamkrelidze e Ivanov también está contenida en la misma publicación.

9. Ibid. pp. 351-354.

10. Gimbutas, M., *The Living...*, pp. 120-21.

11. Utilizamos este término refiriéndonos específicamente a la imposición forzada de toda una cosmovisión. Pero es también necesario aclarar que las deidades autóctonas y su simbólica particular (lunar, acuática) pertenecen a un estrato muy profundo de la psique inconsciente, que ha sido llamado "dominio nocturno" de la mente, un ámbito imposible de controlar o sojuzgar, y no susceptible de racionalización y análisis. Por tal motivo, a pesar de la imposición de un panteón mayormente solar, las deidades femeninas aparecen aún con sus funciones y aspectos disfrazados o escindidos. Asumen una forma u otra, pero siempre surgen de la profundidad. Sobran ejemplos de este proceso: India, Escandinavia, los países bálticos y muchos otros. Al dominio nocturno se le opone el "dominio diurno" de la mente, un estrato más "superficial", con una simbólica que podría llamarse "solar", por oposición a la anterior y por ser más permeable al análisis.

12. Gimbutas, M., *The Kurgan Culture...*, pp. 360-361.

13. Baring, A. y Cashford, J., *The Myth of the Goddess*, Penguin Books, Londres, 1993, pp. 382-83.

14. Della Volpe, A., "The Great Goddess, the Sirens and Parthenope" en Robbins Dexter, M. y Polomé E. C., *Varia...*, pp. 104-105. La autora dice que en el Mediterráneo la contraparte iconográfica de la Diosa Búho era la Diosa Buitre que fue encontrada en una pintura mural en Çatal Hüyük representando la costumbre de la excarnación, que por otro lado también era observada en Europa Occidental durante la Edad de Bronce.

15. Robbins Dexter, M., "The Frightful Goddess: Birds, Snakes and Witches" en *Varia...*, pp. 124-151.